

9.33,5 ARG

CAJA 29

nueva sión



ANTISEMITISMO

EN LA ARGENTINA, HOY

ESTER CURSICH / 87

9.33,5 (ARG)

CAJA 29

SUMARIO

3. *Introducción*
5. *JUDIOS Y ANTISEMITAS; fragmento de un ensayo de Ernesto Sábato.*
7. *EL ANTISEMITISMO EN ARGENTINA, por José A. Itzigsohn*
9. *ANTISEMITISMO DURANTE EL "PROCESO DE LOS AÑOS SETENTA", por Ernesto Tenenbaum*
14. *Carta del COMITE ISRAELI DE FAMILIARES DE "DESPARECIDOS" EN ARGENTINA*
16. *Prensa antisemita en Argentina.*
19. *EL CASO BRUSHTEIN, reportaje a Laura Bonaparte por Manuel Fingueret*
23. *ANTISEMITISMO Y DEMOCRACIA, extracto de una conferencia de Leonardo Senkman.*

INTRODUCCION

32.818

F-6163

Venimos preparando este documento, que comprende hechos y análisis relativos al ANTISEMITISMO EN LA ARGENTINA HOY, desde hace varios meses. Sucede que este tema nunca dejó de ser actual. Sin embargo, en las semanas anteriores a las elecciones parlamentarias del 3 de noviembre de este 1985, volvió a ocupar un primer plano. Esta nueva oleada antisemita —como punto llamativo de una campaña terrorista global— vino a recordar nuevamente que el sistema sigue funcionando con total regularidad: todo intento de conmover el orden democrático, todo avance de las fuerzas regresivas de la sociedad, se ceba, en primer lugar, en los judíos.

Este aserto tiene ya consistencia de ley: el judío es la primera víctima —y a menudo la excusa misma— de toda conmoción social. Y no se trata de una novedad; es un viejo mal que no se reduce a las fronteras de una época, de un país ni de un régimen determinados. A través de su bimilenaria historia el pueblo judío conoció persecuciones sistemáticas en momentos y lugares tan diversos como la Persia bíblica de los tiempos de Amán o la Alemania nazi de los años '30 y '40, pasando por la España inquisitorial, la Rusia de los zares, la Francia de los días de Dreyfus, etc. etcétera.

Precisamente esa casi ininterrumpida sucesión de opresiones, pogroms y masacres dio nacimiento al movimiento sionista en el seno del pueblo judío, para dejar de ser un objeto en la historia de los demás y transformarse en sujeto de la propia historia. Y efectivamente, con el surgimiento de Israel encontró el judío un país, un Estado, una geografía donde desarrollar libremente todas las facetas de su personalidad.

Esa es la alternativa de quien quiere acabar de una vez para siempre con el antisemitismo. Pero mientras permanece en la diáspora su única alternativa consiste en luchar permanentemente contra toda forma de opresión y discriminación, así sea la más pequeña. Después de la experiencia del Holocausto, después de la experiencia de los años del "Proceso" no hay más margen para el autoengaño. Ahora sabemos que tampoco durante la democracia se puede bajar la guardia.

Para probarlo, en este documento acerca del ANTISEMITISMO EN LA ARGENTINA HOY incluimos sendos aportes del escritor Ernesto Sábat, del profesor José Itzigsohn y del historiador Leonardo Senkman. Asimismo cubrimos, con una serie de análisis, breves crónicas de hechos y un corto reportaje, el antisemitismo durante el sanginario "Proceso" de los años '70.

Nuestra intención consiste en brindar un documento para el estudio y el debate, un aporte para la reflexión de nuestros lectores.



JUDIOS Y ANTISEMITAS

fragmento de un ensayo de Ernesto Sábato

El texto de Ernesto Sábato que reproducimos aquí es la primera parte de un ensayo del mismo nombre —"Judíos y antisemitas"— incluido en su libro "Apologías y rechazos" que editó Seix Barral en Barcelona, España, en 1981.

Desde hace muchos años, los antisemitas del mundo entero nos vienen advirtiendo que el judaísmo proyecta la destrucción de la humanidad. Por el momento, y mientras se espera esa misteriosa operación, el antisemitismo se dedica a la operación inversa, única de la que se tiene noticia efectiva. En seis años se aniquiló a más de la tercera parte de la población judía del mundo. De los nueve millones quinientos mil judíos que vivían en Europa a fines de 1930, sólo sobrevivían 3.500.000 al terminar la guerra. Aisladamente o en grupos, muertos a golpes en las calles de Berlín o Varsovia, torturados en los campos de concentración, quemados en barrios enteros, asfixiados en las cámaras de gas, seis millones de niños, mujeres y hombres fueron exterminados. En Varsovia quedaron solamente 6.000 de los 350.000 que había al comienzo de la guerra. Lo horroroso no es tanto que se haya cometido este crimen: es que aún haya gente que lo aplauda. Son los centenares de miles o quizá de los millones de individuos que en el mundo entero añoran a Hitler y a su doctrina.

El nazismo es el responsable directo y principal de la matanza. Pero también son responsables sus aliados, los colaboracionistas de los países ocupados y los cómplices pasivos que nada hicieron en contra del nazismo y sus crímenes, aunque a veces volvieran la cabeza ante los detalles físicos del exterminio. La mayor parte de estos antisemitas vergonzantes no serían capaces de matar personalmente a un judío y, tal vez, puestos de hecho ante los acontecimientos, habrían renunciado al beneplácito. Pero también ellos ayudaron a los verdugos con su silencioso apoyo, con su resentimiento contra la raza, con sus frases laterales que han querido ocultar o atenuar la carnicería. Sobre todos ellos cae la sangre derramada y, en definitiva, sobre todos nosotros.

Pertenecemos a un mundo cristiano. Religiosos o no, somos miembros de una comunidad que reconoce a Cristo como su símbolo más alto. No olvidemos, pues, que nació en Judea, hijo de padres judíos; no olvidemos tampoco que la casi totalidad de sus primeros discípulos y apóstoles fueron judíos. Y entonces comprenderemos que, al aniquilar al pueblo hebreo, oscuramente Hitler ha querido aniquilar al propio Cristo.

Como bien dice Sartre, el antisemitismo es una pasión, pero ningún antisemita admitirá que procede sino por razones. No obstante, y violando el principio de contradicción, fundamento de la lógica aristotélica, el antisemita dirá sucesivamente —y aun simultáneamente— que el judío es banquero y bolchevique, avaro y dispendioso, limitado a su ghetto y metido en todas partes. Es claro que en esas condiciones el judío no tiene escapatoria: Cualquier cosa que diga, haga, o piense caerá en la jurisdicción del antisemitismo: tanto le valdrá ser generoso como mezquino, sucio como limpio, elegante como desaliñado, tímido como audaz, religioso como ateo. Esta lógica del antisemita es de hierro: si un ario triunfa en los negocios, será alabado y puesto como ejemplo de tenacidad; pero si es judío, será señalado como expresión de la codicia. Si un ario es inteligente y tiene éxito en los estudios, será tenido por modelo de hombre superior; pero si es judío, el antisemita se apresurará a demostrar cómo es típico de la raza el alejamiento de las nobles faenas agrícola-ganaderas; y si se ha quedado con sus padres en alguna colonia de Entre Ríos, nos dirá que, a pesar de toda su ambición, la incapacidad atávica le ha impedido superar su condición de agricultor, lo que prueba que los judíos no son tan inteligentes como pretenden. Si un judío como Haber contribuye a la ciencia militar alemana, el antisemita nos argumentará que, como siempre, la inteligencia israelita está al servicio de la destrucción; pero si Haber se hubiese limitado a aplicar una fórmula aria, habría argüido que una vez más la mentalidad

judáica mostraba ser meramente analítica. Si el judío no va a la guerra, aunque sea por razones físicas, lo señalará como cobarde o emboscado; pero si va, encontrará la forma de denunciar su torpe pretensión de combatir bajo los pliegues del pabellón nacional. Y Dios lo libre de morir como un héroe, porque sólo probará que es capaz de llegar a los peores extremos con tal de infiltrarse en una patria que no le pertenece.

No hay nada que hacer: el antisemitismo es de tal naturaleza que se alimenta de cualquier manera. El judío está en una situación tal que cualquier cosa que haga o diga o se diga de él, favorable o desfavorable, sirve en última instancia para avivar el sagrado fuego del antisemitismo. Y si uno no se ocupa del problema, el antisemita dirá que es porque son indefendibles; mas si se ocupa, afirmará que algo debe de haber en la raza para que constantemente sea menester su defensa.

No obstante, el antisemita se niega a admitir que es juguete de una pasión; cree, quiere creer o quiere hacernos creer que procede racionalmente, a base de un análisis crítico, mediante observación y experiencia de la vida, científicamente.

El prestigio de la razón y de la ciencia es tan grande en nuestro tiempo que hasta se invocan para cometer las más grandes locuras. Ahora bien: cuando un hombre de ciencia encuentra un líquido que se dilata al congelarse, no dirá que los líquidos se dilatan al congelarse; mientras que cuando un antisemita tropieza con un judío cobarde proclama, de inmediato, que los judíos son cobardes. Y sentirá la satisfacción de haber dado una forma abstracta y universal, y por consiguiente la forma de una verdad incontrovertible, a un sentimiento deleznable y apriorístico. Porque se es antisemita *a priori*, independientemente de toda experiencia; más bien, cuando se produce, la experiencia es forzada en el lecho de Procusto del antisemitismo.

Naturalmente, en esto los antisemitas proceden como el resto de los mortales, que creen obrar a base de razones cuando en verdad sólo se mueven impulsados por sentimientos, pasiones e instintos. Los conductores de masas han tenido siempre presente este atributo de la condición humana y han apelado siempre a las pasiones —preferentemente a las bajas— para desatar tremendos movimientos que jamás lograron desencadenar aquellos líderes de partidos que pretendieron hacer razonar a las multitudes. El ejemplo del nacionalsocialismo debería hacer meditar a los que todavía, ingenuamente, creen en el poder de la educación racional de las masas. Bastaron unos cuantos gritos bien seleccionados por los teóricos de Hitler para movilizar a millones de ciudadanos del país más instruido del mundo.

¿Cómo puede extrañar, pues, que el antisemitismo sea también y antes que nada una actitud irracional? La verdad es que se presta admirablemente para dar una salida honorable a sentimientos e instintos deshonorables. Mucha gente se vanagloria de ser violenta, pero muy pocos se han atrevido a vanagloriarse de su sadismo o de la satisfacción de poder golpear sin peligro a un ser indefenso. ¿Cómo no recibir con alborozo la posibilidad de dar salida a esos instintos con el rótulo de "campaña de limpieza racial", en formas que lejos de parecer repugnantes pueden constituir un motivo de orgullo ciudadano? De esta manera, al intervenir en un pogrom, el antisemita no sólo suelta sus más bajas pasiones sino que experimenta la satisfacción complementaria de aparecer como guardián de la sociedad, del honor nacional y de la gloriosa tradición patria. Es lo que se llama un negocio redondo.

Un fenómeno psicológico semejante explica el éxito de muchas empresas: ciertas guerras, ciertas revoluciones, ciertas policías.

También tiene razón Sartre cuando afirma que el problema judío existe no porque haya judíos sino porque hay antisemitas. La raíz del problema no hay que buscarla en ciertas formas de nariz sino en la auténtica necesidad que tiene el hombre de pogroms.

Ahora bien: si ante un ataque, actual o potencial, los miembros de una comunidad se agrupan para defenderse, la actitud resulta obvia y natural. Pero si esa actitud la toma una colectividad israelita, urgentemente el antisemita la denunciará como una repugnante maniobra, porque no sólo sueña con apalear judíos: además exige que se dejen apaleados por separado.

Esta exigencia está vinculada a su sadismo que, como todo sadismo, es tanto más placentero cuanto más indefensa es la víctima sobre la que se ejerce. ¿Qué gozo debía de ser para un grupo de jóvenes que se sabían protegidos por el todopoderoso Tercer Reich salir a romper vidrieras y marcar a fuego a ancianos incapaces de defensa!

Y lo siniestro —aunque psicológicamente comprensible— es que esta indefensión del judío aumenta el odio sádico contra él, al aumentar el desprecio que el hombre de bajas sentimientos siente por la debilidad. Sin duda, la lucha de los judíos en Israel debe de haber atenuado el antisemitismo de muchos antisemitas.

EL ANTISEMITISMO EN ARGENTINA

por José A. Itzigsohn

Este texto del Prof. José Itzigsohn es la desgrabación de una entrevista que nos concediera oportunamente, relativa al Antisemitismo en la Argentina.

En el antisemitismo en la Argentina hay que discernir tres componentes: un primer componente, el tradicional que vino por la colonia, todavía con la idea del cristiano viejo como elemento de valor frente al cristiano nuevo, un elemento que fue sin duda reactivado en el siglo XVII por la presencia importante de marranos portugueses en el Río de la Plata que, si bien terminaron asimilándose y formando parte del núcleo de la población colonial, engendraron procesos de desconfianza, reavivaron algunos de los elementos de estos estereotipos.

Después tenemos el impacto del antisemitismo moderno que llegó a la Argentina incluso antes que llegara una población judía importante, avalado por todo el prestigio cultural de Europa, que llegaba como uno de los tantos productos de la cultura europea, por eso está el hecho tan notable de que Sarmiento, en los últimos años de su vida, se hace eco de los elementos del antisemitismo moderno citando que son cosas que tienen auge en Prusia y en Rusia. Y también cosas como "La bolsa" de Julián Martel o, más adelante, los libros de Martínez Zuviria, libros impregnados del espíritu del antisemitismo moderno. Es decir no son libros que hayan nacido acá aunque hayan sido escritos acá. Es un fenómeno de la difusión cultural con punto de partida europea como, por ejemplo, todo el antisemitismo religioso de Charles Maurras, que tienen sus continuadores en gente como Meinvielle, Jordano Bruno Genta, etc., tampoco es un producto argentino. Yo pienso que todo esto es cultura antisemita importada; ahora, esta cultura antisemita importada hace pie sobre elementos sí locales, además del viejo antisemitismo colonial, clerical, a la antigua, entra el fenómeno de la amenaza que sienten los núcleos tradicionales argentinos frente al impacto de la emigración masiva. No nos olvidemos que tanto la Argentina como el Uruguay son los países que Darcy Ribeiro califica como pueblos trasplantados. Es decir, la oligarquía trajo aquí una cantidad de inmigrantes que superó con creces a la población local y sus descendientes, y esto creó en muchos de ellos la sensación de amenaza para su mundo de valores culturales por lo que reaccionó, en un primer momento, contra la inmigración en general, pero luego fue puntualizando su reacción en los judíos, que eran visualizados como el grupo más ajeno, menos asimilable y al mismo tiempo, desde su punto de vista, portador de ideas disolventes. De modo que los judíos hicieron el polo principal de la xenofobia, y del temor de clases, y del odio de clases junto con la forma que continuamente venía del mundo europeo.

Además debemos entender que en la interacción entre una masa de centenares de miles de migrantes y una población que la recibe se origina siempre tensión. Todo grupo migratorio pasó por períodos de tensión; lo que pasa es que en los otros grupos migratorios fuera de los judíos, el tiempo fue limando las asperezas y no hubo una ideología que se encargara de perpetuar las asperezas, mientras que en el caso de los judíos se fue dando un proceso doble: por un lado el proceso normal de integración, pero por otro lado el choque con las ideologías antijudías y distintos movimientos de reacción, de repliegue sobre sí mismo del propio grupo judío. Quiero decir que, a diferencia de los otros grupos que se fueron asimilando, el grupo judío se fue al mismo tiempo asimilando y retrayendo en un proceso simultáneo y paralelo. Y el antisemitismo sigue recibiendo refuerzos de fuentes foráneas. El antisemitismo movido por los grupos árabes de la derecha, el antisemitismo movido por algunos sectores tercer-

mundistas, incluso algunos sectores del mundo socialista que han movido el antisemitismo como un arma política. No estoy haciendo aquí una acusación en bloque ni al tercer mundo ni al mundo socialista, sino a algunos elementos dentro de ellos que han usado también este elemento, de tal manera que la comunidad judía argentina además de los problemas engendrados por su propia interacción con el medio, como cualquier grupo inmigrante —y especialmente un grupo emigrante con una clara conciencia de sí y de su singularidad como es el grupo judío—, está bajo el continuo bombardeo del antisemitismo importado. Y una característica de esto es que los grupos ideológicos antisemitas en la Argentina, que se hicieron portadores de las formas más destructivas del antisemitismo, de la imagen diabólica del judío, de la gran conspiración judía contra la humanidad, de la conspiración judía contra la Argentina, al estilo de Beveraggi Allende y otros delirios semejantes, han trabajado con su puntería puesta en los sectores del poder, han trabajado mucho en ateneos ideológicos dentro de la fuerzas armadas. Me acuerdo cuando murió Bruno Genta, todos los grupos y ateneos que prestaron su adhesión al duelo demostraban cual era la puntería, el objetivo, con el cual estos grupos estaban trabajando, y por eso no es para nada de extrañar que en el momento de la represión se cebara tanto la represión en los judíos. Porque había, además de un antisemitismo que pudiéramos llamar elemental o cerril de alguna gente, un verdadero antisemitismo ideológico donde el judío estaba visto como componente de la gran conspiración contra el mundo y contra este país, y visto como absolutamente irrecuperable.

Yo creo que este antisemitismo, si bien está en este momento en retroceso político, no ha desaparecido; es decir esta serie de circunstancias hacen que la Argentina sea el país donde los antisemitas han trabajado más en América latina. No creo que su pueblo sea más antisemita que otros pueblos, pero sí fue el país más trabajado ideológicamente por el antisemitismo de todos los matices. Y este es un elemento que a mí me preocupa, siempre me preocupó. Por supuesto, en la medida en que hay un avance hacia un proceso democrático, legal, los judíos están infinitamente más protegidos; participamos en ese proceso pero cualquier retroceso, cualquier ataque al proceso democrático se hará, sin lugar a dudas, con un fuerte componente antijudío por todos estos elementos ideológicos a que me referí antes, eso es inevitable y por eso yo creo que aún en momentos de desarrollo y de euforia política nosotros debemos permanecer siempre muy atentos y vigilantes al antisemitismo.

